

LIBROS

El inacabable caso de Terenci Moix

El año pasado, Terenci Moix no ganó el Premio de Novela Joanot Martorell. Este año, el premio sigue llamándose Joanot Martorell, pese a que Televisión Española cada vez que menciona el nombre del clásico catalán lo convierte en Joanet; es decir, Juanito Martorell. Creo que en el Bachillerato que estudian los redactores de los programas informativos de TVE figura Joanot Martorell, escritor nada sospechoso, anterior, bastante anterior, a Prat de la Riba y Lluís Companys.

Pero volvamos al inacabable «caso» de Terenci Moix. Entonces, cuando ya estaba cerrado el plazo de admisión y ante la insatisfecha lectura que habían hecho los miembros del Jurado, se pidió a Moix que presentara una novela para premiarla (si no, no se piden las novelas; atentaría contra la ya violada ética de pedirla). Pues bien, la novela de Terenci Moix escandalizó a algunos miembros del Jurado. Amenazaron con retirar sus aportaciones económicas a la cuantía del premio, si *El Sexe dels angels* resultaba ganadora. Y hubo una desierta declaración.

Moix armó un escándalo. Se despachó a gusto sobre el «carquismo» (o reaccionarismo) de los prohombres de la cultura catalana. Y ahí quedó la cosa. Este año el plazo de admisión de originales terminaba el lunes día 2 de noviembre, a la una del mediodía. Terenci Moix se presentó con su original a las cinco, a las cinco en punto de la tarde.

Fatal error. El original no fue aceptado. Un súbito ataque de normatividad había asaltado a los patrocinadores del premio, y las cuatro horas de retraso marcaban una distancia entre el original de Moix y el Jurado insalvable. La reacción de Moix fue instantánea. Aludió «in situ» (las oficinas del Omnium Cultural) a toda la simbología de la Cataluña folklórica, desde la barretina hasta el pa amb tomaquet, con un lenguaje que no dejaba

duda alguna sobre el profundo conocimiento que Moix tiene del vocabulario del Distrito V. Horas después Joan de Sagarra (esa óptima mezcla de Alain y del Rector de Vallfogona) entrevistaba a Moix en las páginas de «Tele-Expres». Sagarra ha rebautizado a Moix en varias ocasiones. Recientemente le llamó Kerenski Moix, y en la entrevista se despachó con un espeluznante Toresqui Moix (Toresqui fue un famoso ventrílocuo catalán de los años veinte y treinta). Moix redujo sus conclusiones a una: «Que se metan el premio en...». Según Moix, el «asesino» de este caso es el mismo que el asesino del caso del año anterior. Entonces el asesino maniobraba desde el seno del Jurado. Ahora está dimitido como tal, pero su ascendiente dentro del Omnium Cultural le ha permitido controlar el horario de admisión de originales. Y cómo.

El Truman Capote catalán ha sido la víctima de una nueva estrategia, de un neomaquismo inteligente: el control



de los relojes. Los personajes ambiguos de Moix no gustan a los comisarios de la cultura catalana. En cierta ocasión le pidieron que uno de sus personajes dejara de ser homosexual, a lo que Daoiz y Velarde Moix se opuso en nombre de la libertad de expresión y asociación afectiva. Moix, con su chaqueta de castor, sus llamadas telefónicas de tres horas, su cariño por el marqués de Sade, por Marat, por Rita Hayworth, por sus tías, por sus gatos, por María Teresa y Rafael Alberti, es un personaje irritante. Los predicadores se sienten ante él como José Ferrer ante Rita Hayworth en *La bella del Pacífico*, o como aquel coro de pobres reprimidos que en un

relato de Hasklo sorprende y rompe a golpes el amor de una pareja entre los matorrales.

Pero oficialmente ésta no es la cuestión. Es una cuestión de relojes y «seny». ■ M. VAZQUEZ MONTALBAN. Foto: COLITA.

La nueva colección "¿Qué sé?"

La "civilización europea", vista por Delmas

Cuando las grandes ideas entran en crisis los críticos llegan a dudar de que hayan existido alguna vez. La pérdida de la hegemonía militar europea, que los historiadores suelen situar en el periodo de las dos guerras mundiales, pero que probablemente está enraizada en la retracción que produjo el abandono de América ha hecho dudar de si realmente Europa ha existido alguna vez, de si ha sido algo más que "una especie de cabo del viejo continente, un apéndice occidental de Asia", como dijo Valéry. En este ambiente de crisis, Claude Delmas lanzó un libro afirmativo (1) en el sentido de que Europa persiste mediante su integración en el Atlántico y muy concretamente señala la fecha del 4 de abril de 1949 (firma del Tratado de Washington creando la OTAN) como "una fecha extremadamente importante en la historia de la civilización europea: la toma de conciencia de la extensión atlántica de esa civilización"; simultáneamente, cuando los europeos rechazan "las llamadas que les son lanzadas desde el Este"—el comunismo—lo hacen "en nombre de su cultura y de su afecto a una cierta idea del hombre". Encaminado hacia ese fin, Delmas examina la civilización europea desde sus orígenes como una acumulación de efectos que conducen hasta la "guerra fría" en que el libro fue concebido y en cuyas ideas generales occidentales está inserto.

Con este título, que ha sido ya seguido de otros—al ritmo de uno semanal—, se ha iniciado en España la publicación en castellano de la colección francesa "Que sais-je?", de las Presses Universitaires de France. Esto puede calificarse de un acontecimiento cultural de primera magnitud. Esa gran colección cumple el lema que figura en sus porta-

das, "el punto de los conocimientos actuales", y abarca con un concepto enciclopédico y una escritura de síntesis y claridad todas las ramas del saber humano. En España se han hecho ya considerables esfuerzos en este sentido—recolemos los manuales de Labor y de Espasa Calpe—de presentar la generalidad del conocimiento de una manera orgánica; la colección "¿Qué sé?" es especialmente oportuna en un momento en que parece existir una gran tendencia a la autoformación, a la busca personal de los elementos culturales: ofrece, en general, las condiciones de sencillez y profundidad que se requieren. Señalemos, sin embargo, el peligro importante del franco-centrismo—muy señalado en el libro que antes se reseña, menos patente en otros—no sólo en el exceso de referencias a los datos franceses, sino también en la referencia a un sistema cultural que no es el nuestro. ■ H. T.

(1) Claude Delmas, «Historia de la civilización europea», colección «¿Qué sé?», versión castellana del doctor Philip Cid. Oikos-Tau, S. A., de Ediciones. Barcelona, 1970.

La promoción social

En las sociedades que se ha dado en llamar consensuales, los mecanismos integradores actúan de acuerdo con pautas que, manteniendo un ritmo de desarrollo dinámico adecuado a la vigencia de las instituciones angulares del sistema, no amenazan con revulsión la esencia del mismo. Así entendida, como mecanismo integrador, la promoción social es una de las más típicas instituciones sociales francesas, y, como tal, es analizada por Guy Thuillier en su libro del mismo título (1).

A partir de un proemio en el que se pasa revista a los más importantes jalones históricos de la promoción social, desde Cordemoy (1658), discípulo de Descartes, hasta los planes elaborados por Michel Debré (ministro de Economía y Finanzas en 1966), el autor plantea la problemática de una tarea en la que la "integración ciudadana" se traduce en la permanente adecuación del adulto profesional a los cambios y transformaciones que acaecen tanto en los ámbitos laborales y tecnológicos como culturales y sociológicos. Asimismo, el autor estudia en el libro las distintas dificultades que surgen a la

hora de aplicar coherentemente los distintos planes de promoción social, y que son debidas tanto a causas de naturaleza estrictamente psicológica como a otras de carácter burocrático. El libro concluye con un examen de los problemas de matiz pedagógico (preparación de profesores, creación de un lenguaje común) e informativo. ■ E. CH.

(1) Guy Thuillier, «La promoción social», Oikos-Tau, S. A., de Ediciones. Colección «Que sais-je?», en castellano. Núm. 2. 1970.

"Cuentos Romanos"

Me parece que esta no es la primera edición en castellano de los «Cuentos Romanos» de Alberto Moravia (Alianza Editorial). Probablemente se haya difundido ya entre nosotros, hace muchos años, una versión argentina de la colección. Para el caso es lo mismo: por vez primera llegan al gran público de nuestro país estas sesenta y una narraciones brevísimas, que nos trazan un cuadro costumbrista de la Roma menos conocida, la Roma todavía un poco provinciana, tan llena de menudos incidentes, divertidos, tiernos o dramáticos, que Alberto Moravia sabe captar espléndidamente con su amplia gama de recursos y su indiscutible talento por medio de procedimientos naturalistas muy coherentes con los prevalecientes, en la literatura y en el cine, durante la época en que fueron escritos. No vamos a descubrir a estas alturas el arte de escritor que define a Moravia como uno de los grandes autores de la posguerra, aunque hoy algunos consideren demodés sus métodos para captar la realidad. Como quiera que sea, resulta indispensable, si se aspira a construir una imagen certera del escritor, conocer esta serie de trabajos menores, excelentemente vertidos al castellano por María Esther Benítez. ■ E. G. R.

Servan-Schreiber y su "Manifiesto"

Jean-Jacques Servan-Schreiber, miembro de una familia de periodistas israelitas franceses, fundó «L'Express», se comprometió con la izquierda partidaria del abandono de